

LA GESTA DE LOS JINETES DEL ALCANTARA



Pintura de Ferrer Dalmau "El Alcantara saliendo de Monte Arruit hacia la Gloria"

Este documento pretende ser un relato pormenorizado y lo mas fiel a la realidad posible de los hechos de armas que protagonizó el Regimiento de Cazadores de Caballería Alcantara 14 desde el 23 de julio al 9 de agosto de 1921 enmarcados en la derrota que los rebeldes rifeños ocasionaron al ejercito colonial español que ha pasado a la historia como el "desastre de Annual".

HONOR A LOS QUE DIERON SU VIDA POR ESPAÑA

"Inmovilizados los españoles en Harleem por las aguas de los diques destruidos por el enemigo y rodeados de holandeses que les superaban en número de diez a uno, reunió el Coronel del Tercio Fernandez de Bobadilla a sus capitanes y les dijo: "El hambre y el frío nos llevan a la derrota. Nosotros velaremos por España; ¿queréis que se quemen las banderas, se inutilice la artillería y abordemos en la noche a las mayores galeotas hasta ganarlas o todos perder la vida?" Asentaron los capitanes y a la propuesta de rendición del conde Hardich le contestaron: "Los españoles prefieren la muerte a la deshonra".

**CRONICA DE ALEJANDRO
FARNESIO A FELIPE II**

En julio y agosto de 1921, más de 9.000 españoles murieron en las calcinadas colinas del Rif. Fue la mayor derrota colonial desde la pérdida de Cuba y Filipinas en 1898. El llamado desastre de Annual estuvo marcado por la incompetencia de algunos jefes y la cobardía de otros. Sin embargo, en medio del desastre se escribieron por muchos militares las más sublimes páginas de heroísmo personal y sacrificio por los compañeros.

Un despliegue demasiado avanzado e imprudente ideado por el General Silvestre y unas estimaciones demasiado optimistas del número de enemigos a los que debía enfrentarse, provocaron el desastre. La caída de la posición de Igueriben, enclave adelantado que el general Fernandez Silvestre había ordenado establecer en contra del criterio de otros muchos jefes militares, provocó el ataque de más de 18.000 rifeños al campamento de Annual en el que se encuentran unos 5.400 hombres (unos 3.400 españoles y 2.000 indígenas).

Silvestre decide retroceder hasta la base de Dar Drius. La retirada se organizó para que fuera segura y ordenada y en principio comenzó adecuadamente. El 22 de julio, una columna de suministros y pertrechos compuesta de cuatro compañías de Intendencia (tres de Montaña y una de automóviles) con unas guerrillas de protección en vanguardia y flanqueos avanzaron combatiendo por el paso de Izumar y tres días después llegaron a Melilla sin muchas bajas.

Pero ese mismo día la retirada degenera rápidamente en desbandada, sobre todo cuando las tropas indígenas, que guarnecían algunos puntos de vigilancia, se pasan en bloque al enemigo y comienzan a abrir fuego contra las tropas propias.

La tropa, desmoralizada, ve como algunos oficiales suben a los pocos automóviles que había en la base y huyen como conejos. Los soldados escapan por el valle mientras desde las alturas los moros les tirotean causando numerosas bajas.

Convoy de Intendencia preparándose en Monte Arruit (al fondo se pueden ver las cubas de las aguadas, tan vitales).



Un nutrido grupo de oficiales y suboficiales en el que hay varios coroneles, con el coronel Morales, jefe de la Policía Indígena, a la cabeza, cogen fusiles y munición y se quedan en la retaguardia cubriendo la retirada de sus soldados. Entre ellos se encuentra el coronel Francisco Manella, jefe del regimiento de Caballería Alcantara que estaba en Annual para auxiliar al Cuartel General de Silvestre como Jefe de Circunscripción (rotatorio entre todos los coroneles de la expedición) y su capitán ayudante Arce Iradier.

Todos ellos mueren heroicamente rodeados de cadáveres de enemigos a los que han abatido, pero le dan un tiempo precioso a la columna que huye, al frenar a los moros durante varias horas.

Ellos son los primeros gloriosos caídos del regimiento Alcantara en esas jornadas aciagas.

Junto al coronel Manella y el capitán Arce estaban 2 hombres de tropa del regimiento, uno el cabo Silverio Elvira, que murió combatiendo al lado de su coronel y su capitán, y otro el soldado Florentino Moreno Martín que consiguió huir en la confusión de esos momentos iniciales del desastre y tras una odisea personal impresionante consiguió llegar a Melilla. El soldado Moreno fue uno de los últimos que vio con vida al General Silvestre.

El general Silvestre muere en las inmediaciones de este grupo de oficiales. Unos dicen que muere combatiendo con los moros y otros que se suicida con su pistola abrumado por las consecuencias de sus errores.

En su fuga hacia Melilla, la marea desbocada intenta llegar hasta la fortificación de Monte Arruit. La columna se mueve por el paso de Izumar hasta la llanura de Garet y las vaguadas y barrancos polvorientos en dirección a Dar Drius. En esa fuga desorganizada perecen más de 2.000 españoles por el fuego de miles de moros que dominan las alturas.

En las inmediaciones de Dar Drius se sitúa el Regimiento Alcantara 14 mandado por el Tcol. Miguel Primo de Rivera (ya que el Coronel del Regimiento que estaba en Annual al comienzo del repliegue ya había muerto en combate). Acaban de llegar desde Melilla para ayudar a la columna.



Coronel Francisco Manella Corrales



Paso de Izumar en la actualidad

El regimiento había comenzado el día con 691 hombres, entre ellos se encuentran tres alféreces veterinarios (veterinarios 3^º), un teniente médico, un teniente capellán y 14 maestros y aprendices herradores que se encuentran en retaguardia de la formación con los mulos y los carros de la impedimenta. El regimiento también tenía trece cornetas entre 14 y 16 años, es decir casi niños, que eran los llamados "educandos de banda", normalmente procedentes de los colegios de huérfanos. La fuerza de choque son los 461 hombres de sus 5 escuadrones de sables y los 65 hombres del escuadrón de ametralladoras.

Soldados de toda clase de unidades agolpados en los camiones para intentar escapar de la masacre



Los 461 hombres de los 5 escuadrones de sables se dedican a colocarse en el flanco derecho de la columna en retirada y realizan tres cargas a lo largo de la mañana cerca de las posiciones de bloqueo de Ain Kert, Tafersit y Azib de Midar que los regulares al mando del Comandante Llamas Martín habían organizado para proteger la columna por su flanco derecho y detener momentáneamente a la riada de insurrectos que seguía a la columna. Las cargas se dirigen para ahuyentar a grupos de rifeños que bajan desde las alturas para atacar a la masa de soldados en desbandada. En una de dichas cargas se enfrentan a la caballería mora de un famoso jefe rifeño llamado Metalsa, derrotándola y poniéndola en fuga. Durante esos enfrentamientos el Regimiento no tuvo ninguna baja importante y únicamente tuvo que lamentar algunos heridos, según se desprende de la investigación del informe Picasso. Uno de estos heridos fue el cabo Ramón Hernandez que fue evacuado en la columna, pero no llegó a Melilla, siendo seguramente uno de los heridos rematados entre Drius y Tistutín.



Pintura de Ferrer Dalmau
"Regulares de Tetuan"

Oficialidad del Alcantara en el verano de 1921



El General Navarro ordena a todas las guarniciones de las posiciones próximas a Drius que se replieguen sobre esta última base. Una de las posiciones más importantes es la de Chief, guarnecida por cuatro compañías de fusiles y una de ametralladoras del Regimiento de Infantería Melilla. Su jefe es el teniente coronel Romero, que recibe orden de repliegue sobre Drius en la madrugada del 23 de julio. Las fuerzas salen a las 8 de la mañana, dejando el campamento incendiado para no dejar nada al enemigo. Pero esto atrae a los rifeños, que acuden en masa. La situación se vuelve muy peligrosa y el General Navarro manda a parte del Alcantara a ayudar a esas fuerzas. Acude el teniente coronel Primo de Rivera, con el 2º Escuadrón, dos secciones del 4º y una del 1º.

Las fuerzas del regimiento Melilla, que en un principio actúan con orden, sufren considerables bajas, entre ellas de la su jefe que cae combatiendo con su escolta. La fuerza se desorganiza.

El enemigo, muy numeroso, trata de envolverlos. En ese momento crucial el teniente coronel Primo de Rivera, con menos de 200 jinetes, ordena toque de carga, los jinetes sables en mano se lanzan sobre la masa enemiga que es atravesada y desbaratada. La maniobra se repite varias veces. Pese a lo numeroso del enemigo, los jinetes del Alcántara logran salvar a la columna de Chief y ésta terminará llegando a Dar Drius. A su llegada a Dar Drius, todo el destacamento puesto en pie recibe a los hombres del regimiento dando vivas al Alcántara, al teniente coronel y a España.

Fotografía del Alcántara en el verano de 1921



El General Navarro decide abandonar Dar Drius (posteriormente se criticó mucho esta decisión al ser fácilmente defendible esta posición y tener agua y víveres suficientes) y prosigue la marcha en dirección a la posición de El Batel.

La columna en la mañana del 23 de julio llega al cauce del río Igan que en verano de 1921 era un pedregal seco y polvoriento. Al General Navarro, le informan de que en unos riscos que flanquean el valle del río hay un numeroso grupo de rifeños esperando, decididos a exterminar a aquel ejército aterrado y en fuga. No solo eso, sino

que un grupo de camiones y ambulancias ya ha sido atacado en la carretera de El Batel que circula paralela al cauce del río.



Combatientes rifeños.

El Regimiento está situado al inicio del cauce del Igán en el flanco derecho de la columna en retirada y preparado para actuar si se le ordena. Al ver que la cabecera de la columna está en peligro, el teniente coronel ordena a los escuadrones 1º y 2º que se adelanten para hacer frente al enemigo que está en la dirección de marcha de las fuerzas españolas y evaluar la situación. Los hombres se sitúan a ambos lados de la carretera y los escuadrones hacen pie a tierra combatiendo a tiro limpio contra numerosos rifeños que apostados en cualquier obstáculo de la rambla les hacen un fuego muy nutrido. Varios camiones y ambulancias vuelven por la carretera informando de que han escapado por poco y que cuatro o cinco vehículos han quedado atrapados y está siendo masacrados por el enemigo.

En ese momento llega un correo del general Navarro ordenando al regimiento desalojar de insurrectos el cauce del río y una pequeña meseta que domina el cauce y desde donde pueden hacer mucho daño a los españoles.

Primo de Rivera manda reunir a los oficiales y sin mucha ceremonia, al estilo lacónico de los militares, les dice "La situación, como pueden ver es crítica. Ha llegado el momento de sacrificarse por la Patria cumpliendo la sagrada misión del Arma. Que cada cual ocupe su puesto y cumpla con su deber". Esta es la versión del comandante Gomez Zaragoza (uno de los 5 oficiales supervivientes). Según el sargento Jimenez Maruhenda, que estaba detrás del teniente coronel cuando habló, lo que dijo el Tcol. es: "Es el momento de sacrificarnos por la Patria, Vamos a luchar como leones, si matamos a tres mil, mejor que si matamos a mil".



Pintura de Ferrer Dalmau "El Teniente Coronel primo de Rivera"

Los oficiales acuden a sus escuadrones y les preparan para la acción. Rápidamente municionan, preparan los caballos, afilan los sables. Los amigos se abrazan. Algunos rezan.

En ese momento, llega un coche con varios oficiales que vienen desde Melilla para intentar ayudar. Entre ellos viene el capitán Del Castillo que hasta hace pocos días mandaba un escuadrón del regimiento, pero que había sido destinado a Regulares hace un par de días. Al ver lo que se prepara, sin dudarle un instante, se dirige al final de la columna donde están los bagajes y toma un caballo de los de refuerzo. Se dirige a su escuadrón y les dice "¡Hola

muchachos, no pensaríais ir a la fiesta sin mí!". Los soldados le vitorean. Todos perciben una atmosfera especial. La tropa está enardecida. Después, el capitán Castillo se situará al lado del Tcol. Primo de Rivera y allí estará durante las cargas.

Primo de Rivera monta en su caballo Vendiamar, un pura sangre español, que tampoco sobreviviría a aquella jornada y forma al Regimiento en línea de a cuatro. Mira al cornetín de ordenes que está a su lado, un chaval de apenas 14 años y le dice que se quede en retaguardia con los carros, porque él dará las ordenes a viva voz. El trompeta, por supuesto, ni caso.

La disposición es la siguiente, 3º y 5º escuadrones a la derecha de la carretera, al mando del comandante Gomez Zaragoza y el 1º, 2º y 4º a la izquierda (el otro comandante del regto, Tomás Berrocoso Planas ha sido reclamado por el general Navarro para que se haga cargo de tres compañías de Infantería ante la escasez de oficiales). El escuadrón de ametralladoras por el centro, para posteriormente disponerse en la ladera derecha para enfilear las lomillas donde están el mayor número de enemigos. El Tcol. Primo de Rivera grita las ordenes "idesenvainen sables!" "¡al paso!". El regimiento avanza hacia el enemigo que mira asombrado a ese grupo de hombres que se dirige directamente hacia ellos. El Tcol. grita "¡al trote!". El enemigo comienza a disparar. Los que van delante y ven las humaredas de los disparos empiezan a calcular el número de insurrectos que tienen delante. Son numerosísimos.

Al doblar una vaguada ven varios de los camiones y ambulancias volcados y con los ocupantes muertos. Muchos moros rodean los vehículos saqueandolos y al ver a los españoles a caballo salen corriendo. El 4º escuadrón, que avanza por la derecha de la carretera con su capitán Mauro Fernandez (experto jinete que había competido en numerosas pruebas de equitación en España y el extranjero) a la cabeza, cae sobre los nativos acuchillándolos mientras corren.

El rio Igán en la actualidad



Pintura de Ferrer Dalmau
"Cazadores del Alcantara"

El cauce del Igán en la actualidad. Al fondo las lomas en donde terminaban las cargas.



El escuadrón de ametralladoras sube a media ladera para poder situar las máquinas y batir a los enemigos que disparan desde las alturas, pero tienen muchos problemas para avanzar a causa del fuego furibundo de los tiradores rifeños.

El regimiento avanza ocupando toda la rambla seca y unos 400 metros antes de la cuesta que se dirige hacia las lomas donde se parapeta el enemigo, se oye la voz potente del teniente coronel "¡para cargar, al galope! ¡¡a la cargaaaa viva España!!" y el regimiento encara al galope la subida de la cuesta.

Los primeros caballos caen con sus jinetes. El fuego que hacen los rifeños es abrumador. Los caballos suben difícilmente la cuesta, cubiertos de sudor. Algunos animales alcanzados por las balas,

bajan rodando por la falda de la montaña dificultando la subida a los demás. Los animales están cubiertos de sudor y polvo. Los primeros jinetes asoman a la pequeña meseta y pasan entre los rifeños descargando los sables sobre ellos. La visión es sobrecogedora. La meseta y todas las elevaciones están llenas de moros que hacen fuego sobre ellos. Los moros se agrupan sobre todo en las ruinas de unas casas llamadas las "casas de Buharraid" y se protegen en unos muros de piedras que han improvisado. El Regimiento pasa al galope sobre las posiciones moras y abaten una y otra vez los sables sobre los rifeños. Algunos enemigos salen corriendo presos del pánico pero son alcanzados por los españoles que les sablean.



Pintura de Ferrer Dalmau "Carga del Alcantara en el Rio Igán"

El regimiento, con el Teniente Coronel a la cabeza, pasa como una exhalación y se reagrupa unos 600 metros a espaldas de la

concentración enemiga. Algunos caballos llegan sin jinete, varios españoles llegan corriendo a pie con el sable o el fusil en la mano.

Los moros se abalanzan sobre los soldados de caballería que han quedado caídos en el terreno y los rematan salvajemente a cuchilladas y culatazos.

El regimiento se arremolina alrededor de su teniente coronel. Los capitanes jefes de escuadrón llaman a gritos a sus soldados para volver a formar. Rápidamente se dan cuenta que más de 40 hombres faltan entre ellos. Los soldados que han llegado a pie montan en caballos que se han quedado sin jinete o a la grupa de otros compañeros.

Primo de Rivera llama a los oficiales y les dice: "Vamos a volver a cargar. Nos reagruparemos donde hemos dejado los carros, en la carretera".

A continuación, se dirige a los soldados y les arenga: "Vamos a por ellos, nuestros compañeros nos necesitan. Si no lo hacemos, vuestras madres, vuestras mujeres, vuestras novias, dirán que somos unos cobardes. Vamos a demostrar que no lo somos".

Los soldados levantan sus sables y gritan "¡¡¡Viva España!!!". "No tenemos miedo, mi teniente coronel", le dicen algunos.

El regimiento se extiende en una línea corta de unos 10 caballos y se dirige de nuevo a la concentración de rifeños. Los caballos están agotados y el galope es mucho más lento que en la carga anterior. Los rifeños les dedican un fuego intensísimo. Los jinetes que están en las primeras líneas comienzan a caer, pero el regimiento continúa su marcha imperturbable. Caen sobre el enemigo que se levanta de sus escondites y corre hacia los lados para no caer bajo los sables de la caballería. Al llegar a las posiciones enemigas la formación de los jinetes se abre y se abate sobre los moros ocasionando una sangría tremenda entre ellos con sus sables. Muchos españoles que se han quedado sin caballos irrumpen en el grupo de moros

disparando sus fusiles o ensartando a los enemigos con sus sables. Se desatan un sinfín de combates cuerpo a cuerpo. Muchos moros han agotado sus municiones y son presa fácil de los sables de los españoles a caballo.



Rifeños acosando a las tropas españolas. Como se vé, el suministro de agua de los rifeños estaba organizado sobre camellos con cubas.

Los actos de valor se multiplican. El teniente Font de Mora que ha sido desmontado al ser alcanzado su caballo, se enfrenta con su sable y su pistola a cinco rifeños que le atacan con fusiles, machetes y bayonetas. Le disparan varios tiros que no le dan y este mata a dos con su pistola y a otros dos los ensarta con el sable. El soldado Caravaca Almagro (uno de los supervivientes, a través del cual sabemos muchos detalles de lo sucedido) ayuda al teniente y acaba con el último moro. El teniente sube a la grupa del caballo de Caravaca y los dos continúan su avance. El soldado manifestó luego que el teniente ensartó dos enemigos más desde la grupa de su caballo.

El corneta de 14 años se porta como un pequeño jabato y blande su sable contra los rifeños. Varios soldados fueron testigos de su arrojo, alcanzando a varios enemigos con su brazo adolescente hasta que un disparo en el corazón acaba con su joven vida.

El teniente coronel se esfuerza en que el regimiento rompa el contacto con el enemigo para que no le bloquee la gran cantidad de rifeños que empieza a hacerles fuego desde los flancos. "¡Adelante, adelante!!" "¡seguid muchachos, seguid!" "¡No os quedéis atrás!".

El regimiento rebasa las posiciones enemigas y bajan la pendiente todos juntos de forma ordenada. Los escuadrones bajan disparando hacia retaguardia a los moros que les persiguen y aquellos que tienen caballo protegen a los que bajan desmontados, entre los que está el comandante Gomez Zaragoza y varios oficiales y suboficiales.

Cuando los rifeños comienzan a organizarse en la meseta e intentan seguir a los grupos de españoles que desmontados o heridos van a retaguardia del regimiento, una granizada de balas les abate, causándoles numerosas bajas. Son las ametralladoras del regimiento al mando del capitán Triana, que tras muchos esfuerzos han entrado en posición en la ladera norte del cauce del río.

Entran todos en la rambla del Igán y advierten que la columna del general Navarro ha entrado en el cauce del río y por la carretera discurre hacia el norte sin que sea hostigada por el enemigo gracias a la acción del regimiento que ha desalojado a los rifeños de sus principales posiciones de tiro. Carros, coches, mulas y cientos de hombres buscan la salvación, huyendo de los miles de moros que les persiguen.



**Soldados del
Alcantara en esos días**

Carga del Regimiento Alcántara en el río Igán



Pintura de Moreno Carbonero "Carga del regimiento Alcántara en el río Igán"

Tras un breve recorrido por la amplia vaguada siempre hostigados por los tiradores lejanos, llegan a la altura de las mulas y carros de la impedimenta. Los miembros del regimiento que se habían quedado allí observan horrorizados la llegada de lo que queda de los escuadrones. Faltan muchos. Casi todos los hombres y las bestias están heridos. Agotados, sucios, cubiertos de sangre y de polvo. Están muertos de sed, pero apenas disponen de unos pequeños odres que no dan para nada.

Los escuadrones se agrupan. Al capitán Del Castillo se le saltan las lágrimas al ver los pocos que quedan de su antiguo escuadrón. Más de la mitad del regimiento ha quedado atrás.

El alférez Cistue cae de su caballo. Varios compañeros le ayudan apoyándole sobre unas mantas y dándole agua. Tiene un disparo mortal en el vientre y sabe lo que le espera. Cuando le dejan solo un momento, saca su pistola y se dispara en la cabeza.

El capitán Chicote Arcos, jefe del quinto escuadrón ha sufrido una dura caída al ser alcanzado su caballo durante la última carga y ha sido recogido sin conocimiento por varios de sus soldados. El teniente médico, al ver su estado, dice que tienen que evacuarle rápidamente a un hospital. Al pasar un carro de sanidad en la

columna del general Navarro el médico consigue que el capitán sea acoplado en el carro, el cual prosigue su recorrido. Este hecho ocasiona que el capitán Chicote, que posteriormente se recuperó totalmente de sus heridas, llegase a Melilla y fuese el único capitán del Alcántara que sobrevivió a los días de Annual.

El teniente capellán Campoy Irigoyen atiende arrodillado a varios heridos. Uno de ellos es el teniente Vea Murguía, del 5º Esc. Que está agonizando agarrado a su mano. El sacerdote, profundamente conmovido, exclama "¡valeroso caballero cristiano, id con Dios!".

También se comprueba que han caído el suboficial Rafael Torres y los sargentos Arturo López y Gonzalo Márquez Pérez.

En ese momento, llegan corriendo y montados en algunos mulos los hombres del escuadrón de ametralladoras con su capitán al frente. Han tenido que retroceder corriendo y retirarse combatiendo contra cientos de rifeños que les rodeaban. Se han visto obligados a abandonar las maquinas después de inutilizarlas quitándolas el cierre, pudiendo solo salvar dos ametralladoras y varias cajas de munición. Han sufrido muchas bajas. Varios soldados dicen a voces que el teniente Martín Galindo, uno de los oficiales del escuadrón de ametralladoras, ha sido hecho prisionero por un nutrido grupo de moros que se lanzaron sobre él durante la retirada al agotar éste la munición de su pistola.

El teniente coronel Primo de Rivera comprueba que los moros siguen acosando a la columna desde las alturas que han atacado. Durante un momento se queda pensativo. Seguramente por su cabeza pasó la posibilidad de salvar lo que queda de su regimiento. Nadie le podría echar en cara nada. Ha hecho todo lo posible. La mitad de sus hombres han quedado en el río Igan. La duda solo dura unos segundos. Llama a todos los oficiales y les dice: "No hemos conseguido desalojar a todos los moros de la colina y el convoy todavía no ha pasado". "Debemos volver". El capitán Castillo grita: "¡Vamos, coño, a por ellos!".

Pintura de Ferré Clauzel "Homenaje al Capitan Del Castillo"



"¡¡¡Deprisa!!!", "¡todo el mundo a caballo!". A los gritos de los oficiales los hombres se ponen en pie y se preparan para el combate de nuevo.

El teniente coronel Primo de Rivera se dirige a todo el mundo y con su potente voz dice que ahora va a ir todo el que pueda empuñar un arma, sin quedar nadie. Manda quitar a los mulos los bastes de carga, liberar los mulos de los carros y usarlos para que monten los que ya no tienen caballo. Esta vez todo el regimiento sin excepción va a ir hacia el enemigo. Eso incluye los alféreces veterinarios, los herradores, los educandos de banda, el médico, el capellán, los heridos que puedan sostenerse en pie o montar a caballo.

Todos cogen armas y municiones, pistolas, sables, bayonetas, fusiles.... Uno de los cornetas recoge la pistola con la que el alférez Cistue acaba de suicidarse para librarse de la agonía.

No hay caballos ni mulos para todos. Algunos tendrán que ir a pie. El Tcol. dice que todos los que vayan a pie deben llevar fusiles. Uno de los que van a pie es el teniente Capellán, el único que no porta armas.



Pintura de Ferrer Dalmau
"Cazador del Alcantara"

El enemigo ha vuelto a ocupar las alturas y está lanzando una lluvia de plomo sobre la columna del general Navarro cortando la marcha de la misma. Es preciso desalojarle de nuevo para salvar al convoy y sus miles de hombres que huyen.

En menos de media hora todos están preparados para el combate. Saben que van a la muerte, pero no se advierte vacilación alguna en los hombres del Regimiento de Cazadores de Caballería Alcantara 14. Son los momentos supremos de la batalla en que el valor se

contagia y se apodera de todos los corazones como si el regimiento fuese un único cuerpo.

El regimiento sale al paso en formación de combate con el 3º y 4º escuadrones a vanguardia y el Tcol. Primo de Rivera en primera fila. A continuación 1º y 5º escuadrones. Después, el personal del escuadrón de ametralladoras junto con el personal diverso de los servicios regimentales, (escribientes, veterinarios, herradores, cornetas etc...) a mulo o a pie. A retaguardia y cerrando la marcha los componentes del 2º Escuadrón. El Tcol. ha ordenado que los sables vayan enfundados hasta que lleguen a la subida de la cuesta y antes, aprovechando el lento paso de los caballos se disparen los fusiles contra el enemigo cuando el lo ordene.

La formación discurre por el valle bajo la mirada de muchos de los soldados del convoy, que, detenido, observa admirado el sacrificio de sus compañeros de caballería que se dirigen en silencio y lentamente hacia donde está el enemigo.



Herrador de primera Juan Carrión Mesa

Viñeta de una revista de la época sobre la carga del Alcantara



Según los testimonios posteriores de algunos rifeños que estaban entre los que sufrieron el ataque de los jinetes del Alcantara. Los insurrectos se quedaron mudos por un momento y se pusieron en pie para ver el lento avance del regimiento. Admirados, se negaban a creer que ese puñado de hombres que tantas bajas les habían producido en las anteriores cargas siguiesen vivos y les volviesen a atacar otra vez.

Los moros les envían un diluvio de balas. Muchos caen heridos o muertos, pero el Regimiento no para y continua su lenta marcha hacia el enemigo. Muchos de los jinetes van andando y llevan a su

caballo sujeto de las riendas ante el cansancio de los animales. El Tcol., en el momento en que quedan unos 200 metros para encarar la subida, ordena abrir fuego con los fusiles, lo que obliga a los moros a protegerse y disminuir su ritmo de fuego.

Los escasos 180 hombres que quedan vivos del regimiento entran en la explanada y comienza un atroz combate contra los moros. Los rifeños abandonan las casas de Buharraid y los parapetos de piedras y retroceden ante el empuje y la furia de los soldados de Caballería. La meseta está llena de cadáveres de enemigos. Los sables han hecho una carnicería espantosa entre ellos.

El capitán Castillo es alcanzado en el glúteo y la bala le afecta la femoral. Rápidamente pierde el conocimiento por la pérdida de sangre y varios soldados le conducen al abrigo de uno de los parapetos que los moros han abandonado. También es abatido y muere en las inmediaciones de las casas el alférez Díaz de la Guardia.



**Alférez Fernando Díaz
de La Guardia Velazquez**

Vendiamar, el caballo del teniente coronel, ha resultado alcanzado y muerto. El tcol. entra a pie en la posición combatiendo con su sable, rodeado de un nutrido grupo de soldados desmontados.

El enemigo no puede con ese grupo de locos furiosos que con los ojos inyectados en sangre, cubiertos de polvo, resoplando de cansancio y de sed, se lanzan sobre ellos buscando el cuerpo a cuerpo y les acuchillan sin piedad. Los españoles quedan dueños del campo mientras los moros huyen corriendo dejando el suelo cubierto de muertos.

Los que quedan vivos se extienden por la explanada y cuerpo a tierra disparan sobre los moros que huyen.

Comienzan a agrupar a los heridos para evacuarlos. Deben mantener esa posición hasta que la columna en retirada que discurre a sus pies por la vaguada pase por completo.

El teniente coronel Primo de Rivera, incansable, se dedica a colocar a sus hombres en la meseta para sustraerlos al fuego lejano que los moros les comienzan a hacer. Ordena montar las dos ametralladoras que han subido a lomos de mulos y las dispone en una pequeña elevación del terreno.

El descanso para los supervivientes, bajo un sol abrasador y con el tormento de la sed, apenas dura un hora. Los rifeños se agrupan en una colina cercana y vuelven a hostigar a la columna que avanza por el cauce del río. Aún es preciso un esfuerzo supremo. El Regimiento monta una última carga, la octava del día, que realizarán alrededor de 110 hombres, prácticamente todos a pie, ya que solo permanecen a caballo 45 hombres. Los soldados heridos que pueden mantenerse en pie participan también en la última carga, a pesar de que los oficiales les ordenan no hacerlo. El ejemplo de oficiales y suboficiales, que heridos vuelven al combate, les empuja.

Los heridos mas graves quedan agrupados cerca de las casas de Buharraid y el resto vuelve a prepararse para el ultimo y definitivo asalto.

Lo que queda del grupo comienza a moverse en dirección al nuevo asentamiento del enemigo. Desplazan las ametralladoras para

apoyar el avance. Una de ellas la dispara el propio capitán Triana. Las guerrillas del regimiento llegan a la altura de disparo y comienza a hacer fuego sobre el enemigo con sus fusiles.

Los pequeños grupos de moros que están en la cota cercana disparando al convoy, cuando ven al grupo de españoles que vuelve a atacarles, huyen abandonando la posición y únicamente disparan desde lejos con sus espingardas.

La retaguardia del convoy pasa y toda la columna se encamina a la localidad de El Batel, donde la columna se detuvo, al haber agua y provisiones, disponiéndose en defensiva para pasar la noche.

Los harkeños han sufrido muchas bajas. Están agotados de los combates de los días 22 y 23 y se distraen en el pillaje de los numerosos pertrechos que los españoles han dejado en su retirada, por lo que momentáneamente cesa el acoso a la columna.



Pintura de Ferrer Dalmau "La última carga del Alcantara"

Los últimos en entrar en El Batel y ponerse a las ordenes del general Navarro en el anochecer del día 23 de julio son los restos del Alcantara con su teniente coronel a la cabeza, a pie. Ha rechazado enérgicamente los continuos ofrecimientos de los soldados que aún siguen montados para que se suba a sus monturas.

Los supervivientes son 72 hombres de los cuales 5 son heridos graves (uno de ellos el capitán Castillo). Solo 45 hombres continúan a caballo. En las cargas del día 23 han muerto 541 hombres y 78 han sido hechos prisioneros.

El capitán Castillo es introducido en un carro de sanidad y será de los últimos heridos en llegar a Melilla. Fruto de la gravedad de las heridas, moriría en el hospital militar de Melilla dos días después.

Según se supo posteriormente por declaraciones de rifeños que participaron en los combates, el regimiento Alcántara hizo más de mil bajas a los enemigos, pertenecientes principalmente a las kábilas de Beni Urriaguel (a la que pertenecía Abd-el-Krim), Beni Tuzin y Beni Ulichec. Los sables de la caballería ocasionaron un gran número de muertes y numerosas heridas y mutilaciones entre ellos, que a su vez, dadas las condiciones higiénicas del ejército de Abd-El-Krim, producirán un gran número de fallecimientos de rebeldes en los meses posteriores por la inevitable gangrena.

Pero aún se van a pedir más sacrificios al puñado de valientes que quedaba del regimiento Alcántara que permanecen unidos alrededor de su jefe y líder el Teniente Coronel Primo de Rivera.

Ante el triunfo de Abd-El-Krim, las pocas harkas que quedan fieles a España se pasan en masa a sus ordenes y una multitud de más de 23.000 rifeños se va a abatir sobre los escasos 3.000 hombres desmoralizados y sedientos que le quedan al general Navarro. A ello se une que todos los habitantes de los poblados cercanos, incluyendo numerosos grupos de mujeres rodean las cercanías de las tropas preparados para saquear cualquier vehículo, carro o persona que queda aislada. Los soldados que quedan heridos en el terreno son asesinados bárbaramente, saqueados, destripados y en muchos casos, con los genitales cortados e introducidos en la boca.

Ante la imposibilidad de establecerse en defensiva en El Batel por no tener condiciones para la defensa, el general Navarro ordena replegarse a Tistutín el 25 de julio. En la retirada de El Batel a

Tistutín los españoles son salvajemente tiroteados por las harkas. En dicha retirada muere heroicamente, atendiendo heridos en la retaguardia de la columna, el teniente médico del regimiento Modesto Garcia Rodriguez.

Durante 3 días, los españoles se defienden en Tistutín, rodeados de una masa creciente de miles de kabileños. En la defensa, participan activamente todos los componentes del regimiento.

La desproporción de efectivos entre los españoles y los insurrectos es tan grande que lo único que salva a la columna del general Navarro es la tremenda desorganización de los rebeldes, ya que cada harka hace la guerra por su cuenta y atacan y se retiran cuando quieren, sin una dirección táctica conjunta.

El 28 de julio, el general Navarro decide mandar a los miembros del Alcantara que quedan montados a apoyar algunos destacamentos de especial importancia. Manda a Zeluan una parte importante de ellos. Los capitanes Fraile, Balenilla y Mauro Fernandez, los tenientes Bravo, Troncoso y Campo, los alfereces Maroto, Calderón y Sousa, el suboficial Jimenez Maruhenda, los sargentos Rivero, Diez y Jimeno y 22 de tropa. Allí, en Zeluan, a su vez se dividen las fuerzas, mandando a la defensa del aeródromo de Zeluán al alferéz Maroto con el sargento Diez y 10 de tropa.



Alférez Angel Calderón Gaztelu el oficial más joven del Regimiento, que con tan solo 21 años ofrendó su vida a la Patria en Zeluán el 3 de agosto de 1921.

También se manda a una fuerza del Alcantara al Zoco de Tezlata de Bu-Ber al mando del sargento Benavent con 14 soldados y el veterinario Montero.

Todos estos destacamentos que se sitúan a retaguardia y alrededores de Monte Arruit y que son fundamentales en caso de poder retirarse la fuerza hacia Melilla, pronto se ven rodeados y atacados por una ingente multitud de insurgentes. El capitán Fraile es alcanzado por un disparo y muere en el acto mientras lidera un intento de llevar suministros al aeródromo el mismo día 28 y la

pequeña fuerza del Alcantara pasa a estar comandada por el capitán Mauro Fernandez. La resistencia es encarnizada rechazando al enemigo numerosas veces y combatiendo cuerpo a cuerpo. Las posiciones están rodeadas por los cadáveres insepultos de cientos de enemigos. En dichos combates se distinguen por su arrojo el suboficial Jimenez Maruhenda, el sargento Rivero Lizcano y el cabo de ametralladoras Emiliano Pajuelo Díaz. Al cabo Pajuelo se le cita como distinguido en la documentación del regimiento. Pajuelo se parapetó guardando la puerta de la Alcazaba de Zeluán con la única ametralladora que quedaba disponible y allí aguantó el tipo durante seis días. Cuando se recuperó la posición, aquel rincón donde el cabo disparaba sin cesar apareció repleto de impactos de bala.



**Alferez
Veterinario José
Montero Montero**



Una de las posiciones del Zoco de Zeluan en los días de Annual.

El día 29 se retira en dirección a la zona francesa la guarnición del Zoco de Tezlata de Bu-Ver. La guarnición consistía en 6 compañías de Infantería, un destacamento de artillería al mando del teniente Aurelio Areñas, y otro de Intendencia al mando del teniente José Herrera Balaguer. Todo ello bajo el mando del teniente coronel García Esteban del Rgto. Africa. Se inicia el repliegue y los hombres del Alcántara se encargarán de cubrir la retirada, yendo en retaguardia de la columna. El relato que hacen los supervivientes de dicha retirada es de un hondo dramatismo. El puñado de soldados del Alcántara, llevados por el ejemplo del sargento Enrique Benavent Duart, que se multiplica combatiendo como un león, luchan contra cientos de enemigos y van sucumbiendo uno a uno, protegiendo con sus vidas a sus compañeros, de los cuales se salvan aproximadamente la mitad. Casi todos los oficiales de Infantería y los tenientes de Artillería e Intendencia mueren protegiendo la huida de sus soldados. Finalmente, la columna puede acogerse a un destacamento del ejército francés. El sargento, herido varias veces, muere heroicamente. Solamente sobrevive un soldado del regimiento, el soldado Dionisio Jimenez Gomez, el cual llega a la zona francesa con su caballo cogido de las riendas, el

sable en la mano y dos orificios de bala, uno en la mandíbula y otro en el cuello. También consigue llegar a la zona francesa el alférez veterinario Montero.



Pintura de Ferré Clauzel "Heroes del Alcantara. Sargento Benavent"

La mañana del 29 de julio, la columna Navarro se retira hacia Monte Arruit donde se piensa resistir mientras llega ayuda de Melilla.



**Capitán Jacinto
Fraile Gonzalez**



**Suboficial Ramón
Jimenez Maruhenda**

Cubrirá la retirada una fuerza de 200 hombres al mando de 2 capitanes de Ingenieros, compañeros de promoción y amigos personales, los capitanes Arenas y Aguilar. Los 200 hombres son en su mayor parte soldados de Ingenieros, Artillería, Intendencia y Sanidad dispuestos a morir combatiendo.

Las 2 Compañías de Infantería formadas con restos de los regimientos Africa, Melilla y Ceriñola se distribuirán al frente y a los flancos. Los miembros que quedan del regimiento Alcántara refuerzan a estas tropas de Infantería que quedan aún en situación de combatir.

Desde el primer instante en que la columna abandona Tistutín, son atacados por miles de enemigos. Se va a producir en ese momento varios episodios de cobardía de oficiales de unidades de Infantería y Artillería que aún conservaban sus monturas y que, abandonando a sus hombres, salen cabalgando en dirección a Melilla.

En contraste con esos pocos oficiales que se llenaron de deshonra. Los jóvenes capitanes de Ingenieros, con varios tenientes, alféreces y suboficiales, con un fusil cada uno en sus manos, con una serenidad pasmosa, que contagian a sus hombres, sostienen un fuego vivo, constante y disciplinado sobre los rifeños.



Capitán Felix Arenas Gaspar

Retrocediendo escalonadamente, bajo la lluvia de balas rifeñas, rodeados de espeluznantes gritos de agonía, entre los berridos

escalofriantes de los moros, los gritos de ánimo de los oficiales, los relinchos de las mulas al morir cosidas a tiros, entre el polvo y los charcos cuajados de sangre, entre miles de chilabas pardas que les rodean por todos lados, los dos capitanes y sus doscientos hombres, paso a paso, metro a metro, retroceden mientras con su coraje y sus vidas, permiten a sus compañeros llegar hasta la posición de Monte Arruit y entrar en ella, a salvo, de momento.

En las inmediaciones de Monte Arruit, el heroico destacamento de retaguardia es rodeado por el enemigo. La lucha es por los cuatro costados y cuerpo a cuerpo. El capitán Aguirre con un nutrido grupo de hombres consigue entrar en la posición. Instantes antes es herido gravemente el alférez Maroto. El capitán se lo carga a los hombros y lo lleva dentro de Monte Arruit.

Detrás, el último de todos, queda el capitán Arenas que va retrocediendo lentamente y abatiendo enemigos con sus certeros disparos de fusil. De repente, ve que en unos de los extremos de la entrada de la posición hay una batería de artillería rodeada por los moros y con los artilleros combatiendo cuerpo a cuerpo.

Los soldados abandonan las piezas y retroceden en masa hacia la posición defensiva arrollando al capitán Blanco jefe de la Batería, que quiere obligarlos a defender los cañones a todo trance.



Capitán Ramón Blanco Díaz de Isla

El Capitán Arenas no lo duda y se lanza a ayudar a los oficiales de Artillería que aun se defienden rodeados de moros. Por un momento, los rifeños, muchos de ellos desertores de la Policia Indígena que se han pasado al enemigo, detienen su ataque y retirados a una distancia de 100 metros observan admirados a 4 solitarios hombres delante de los cañones. El primero de ellos, con su fusil preparado, el capitán Arenas. A su lado, los tenientes de Artillería Calderón y Sanchez y el Capitán Blanco que se apoya en una pieza herido e incapaz de ponerse en pie.

Un francotirador acaba con la vida del capitán Arenas de un disparo en la cabeza. Los moros se abalanzan sobre los cañones asesinando al capitán Blanco. Los dos tenientes, pistola en mano consiguen llegar a la posición milagrosamente, pidiendo a gritos la laureada para el capitán Arenas.



Capitán José Aguirre Olozaga

Pintura de Ferrer Dalmau "Los últimos momentos del Capitán Arenas"



Unos 1.800 hombres se refugian en Monte Arruit, muchos heridos y desarmados. Junto con la guarnición, suman unos 2.200 hombres aterrorizados y desmoralizados ante la enormidad y la brutalidad del enemigo.

El general Navarro organiza la defensa, siendo confiada a los cerca de 40 hombres que quedan del Regimiento la puerta principal de la posición. Al mando de dichas fuerzas, el capitán del Escuadrón de Ametralladoras Julián Triana con todos los oficiales que quedan: tenientes Manterola, Climent, Pua, Arcos Cuadra, León Font de Mora y García Castaños. El Tcol. Primo de Rivera queda afecto al Cuartel General con el Comandante Gomez Zaragoza, los veterinarios Platón y Caballero y el Capellán P.Campoy. El otro comandante del Rgto. Tomás Berrocoso Planas continua mandando varias restos de compañías de Infantería encargadas de la defensa del lado este del perímetro del destacamento.

El capitán Triana emplaza las dos ametralladoras que le quedan y dispone a los hombres en un semicírculo de sacos terreros y piedras de tal manera que puedan enfilar al enemigo desde varios puntos cuando intenten avanzar por la esplanada que va a la puerta principal. Todos, oficiales, suboficiales y tropa cogen fusiles y con los sables a su lado y proveyéndose de mucha munición se preparan para vender caras sus vidas.

Comienza el asedio de Monte Arruit que durará hasta el día 9 de agosto. Los insurrectos intentan varios ataques en masa pero son rechazados por el fuego de los españoles. Los fracasos de los ataques rifeños ante un enemigo tan pequeño y desmoralizado es también fruto de su incapacidad para organizar un ataque coordinado.

El problema para los españoles es la falta de agua y de víveres. La comida es solamente caballos y mulos muertos y las aguadas que se intentan en los pozos cercanos cuestan innumerables bajas.

Los moros bombardean constantemente el perímetro del fortín con los cañones que han tomado a los españoles.

El día 2 de agosto se produce un asalto de miles de moros al Aeródromo de Zeluan, pereciendo todos sus defensores, desbordados por los atacantes. Del Alcantara solo sobreviven y quedan prisioneros el alférez Maroto, el sargento Diez y el soldado Rafael Chaves.

Ese mismo día se produce el ataque más fuerte a Monte Arruit. Los rifeños atacan directamente, casi de una manera suicida, la puerta principal del destacamento, defendida por los supervivientes del Alcantara. Los escasos defensores se multiplican en el combate con incontables actos de heroísmo. A la puerta principal acuden a combatir con sus hombres el teniente coronel Primo de Rivera, el comandante Gomez Zaragoza, los veterinarios y el teniente capellán. El teniente coronel es el alma de la defensa. "ianimo

valientes, el Alcantara no se rinde!" grita una y otra vez recorriendo las barricadas. En un intervalo de tregua entre varios de estos ataques, una granada de artillería destroza el brazo izquierdo del teniente coronel cuando estaba encima de un muro observando las concentraciones enemigas con unos prismáticos.



**Alferez Juan Maroto
Perez del Pulgar**

Los rifeños son rechazados con serias bajas. La puerta principal está rodeada de cadáveres y el enemigo solicita una tregua para retirar a sus muertos. Los españoles atienden la petición.

Desde Arruit se divisa una columna de humo en dirección a Nador. Los españoles se dan cuenta de que los moros han tomado Nador y de que cada vez es más difícil que les llegue ayuda.

Los médicos militares deben operar al teniente Coronel para amputarle el brazo. No existe anestesia para poder operar y el instrumental que tienen los médicos militares es una navaja de barbero y un hacha de carnicero. El teniente coronel, al que llevan en una camilla hasta el hospitalillo del destacamento, al entrar con los dientes apretados por el dolor pero sin que escape un quejido de los labios, solo dice a los médicos "terminen pronto". Pide un trapo para morder durante la operación. Tras la amputación del brazo,

quedará inconsciente y ya no recuperará el sentido. Morirá al día siguiente consumido por la gangrena.



**Teniente Coronel Fernando
Primo de Rivera y
Orbaneja**

Los soldados supervivientes del Alcántara, entierran a su querido jefe en el patio de Intendencia del acuartelamiento. Las prisas, la dureza del terreno y la delicada situación, no les permite cavar una tumba. Así, que cada uno coge unos puñados de tierra, los besan, y los depositan encima del cadaver de Teniente Coronel.

Meses después, con la recuperación del territorio, las tropas españolas descubren su cadaver desenterrado. Los rifeños han descubierto su cuerpo pero no para ultrajarlo, sino para ver quien y como era el hombre que mandaba a aquellos jinetes que se lanzaban contra ellos una y otra vez

El día 3 de agosto capitula la guarnición del Zoco de Zeluan fiándose de las promesas de los moros de que entregando las armas les dejarían ir a Melilla. Más de 500 hombres fueron asesinados nada más rendirse. Solo salvaron la vida, quedando prisioneros, poco más de 100 hombres. Muchos de los desgraciados defensores sufrieron crueles suplicios. Los moros queman vivos al capitán Carrasco y al teniente Fernandez del regimiento Ceriñola.

Del Alcantara, sobrevivieron un grupo reducido que, al oír las primeras descargas fusilando a los prisioneros, se arrojaron por uno de los torreones de la Alcazaba, refugiándose en unos pinos cercanos. Estos fueron el teniente Bravo, el sargento Ramón Jimeno y los soldados Pedro Arquero, Domingo Balimaña, Tomás Giral y Emilio Pardo. Después, el teniente Bravo y los soldados marchando de noche y ocultándose por el día, torturados por la sed, en una odisea personal de gran valor, llegaron a El Atalayón, donde aún quedaban fuerzas españolas. El teniente Bravo fue el único oficial del regimiento que sobrevivió y que no fue ni herido ni hecho prisionero. El sargento Jimeno se refugió por la noche en casa de un moro que le ayudó a ocultarse y a llegar a zona española. También salvaron la vida, quedando prisioneros, el suboficial Jimenez Maruhenda, los cabos Celestino Frago y Tiburcio de Pablo y el herrador Martín Fernandez.



**Teniente Francisco
Bravo Serrano**

El día 7 de agosto el general Navarro mandaba a Melilla el siguiente mensaje: "Policía y chusma que me rodea ha querido varias veces negociar entrega campamento y, como carecía garantías, me he negado y ha vuelto el cañoneo". Asimismo, Navarro pedía al mando que buscara unos negociadores de confianza que hablaran con él

personalmente.

Un día más tarde el general Berenguer comunicaba a Monte Arruit: "Si no han llegado emisarios le autorizo en tratar con enemigo que le rodea, a base de entrega de armas, pues mi principal deseo, una vez extremada la defensa al punto que lo han hecho, es salvar la vida de esos héroes, en los que tiene puesta la vista España entera, que los admira."



Capitán Julián Triana Blasco y la puerta que defendió hasta la muerte

El 9 de agosto la situación parecía que estaba a punto de concluir. Un grupo de jefes tribales de importancia entre los que se contaba Ben-Chel-al (considerado un cabecilla moderado), y posiblemente llegados la noche anterior, se dirigían hacia la fortaleza para parlamentar con el general Navarro, pocos minutos después el militar español salió a negociar la entrega del campamento. El general Navarro ignora los engaños y traiciones de los moros en Zeluan y otros destacamentos.

Navarro llega a un acuerdo por el cual se entregarían las armas y el personal quedaría libre y se garantizaría su evacuación a Melilla sanos y salvos. Los rifeños parecen generosos con los españoles. No serían hostilizados en su salida, se facilitaría transporte a los

heridos y los más graves quedarían custodiados por una guardia de 50 hombres armados, se entregarían las armas exceptuando las pistolas de los oficiales.

Pocos minutos después, Navarro ordena que la tropa forme en el patio y se prepare para entregar el armamento. Los heridos se colocan en camillas. Los soldados comienzan a abandonar las trincheras y muros de defensa y a entregar las armas. Una primera columna se forma y empieza a salir del campamento.



Suboficiales del Alcantara en una fotografía con un compañero (el del centro) que se despide de la Unidad. Con una cruz los que murieron en combate en las jornadas de Annual.

Pero el enemigo, o parte de el, había preparado una matanza, incumpliendo la palabra dada e incurriendo en la mayor de las felonías. Inesperadamente, mientras que las fuerzas de la guarnición de Monte Arruit seguían entregando las armas y salían

en columna del campamento, un gran número de moros armados asaltaron el fortín por diferentes lugares aprovechando que los españoles habían abandonado los puestos de defensa y comenzaron a disparar contra los soldados españoles que aun permanecían dentro de él. Los soldados que aun no habían entregado los fusiles se defendieron comenzando un combate desesperado.

Los heridos más graves y los 50 hombres que les guardaban, se refugian en el edificio del hospital y disparan desde las ventanas contra los harqueños. Los moros entran en el hospital y se combate habitación por habitación. Los moros no respetan a nadie, heridos, enfermeros, médicos, etc... son bárbaramente asesinados.

La cabeza de la columna continuaba mientras tanto su marcha, aunque los soldados se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo cuando del interior de Monte Arruit comienza a oírse el tiroteo.

La columna inicial de soldados desarmados (unos 700 hombres) se hallaba en ese momento a unos cincuenta metros de la entrada de la posición. ¡Cómo latirían los corazones de aquellos hombres que se alejaban camino de la libertad! Cincuenta metros... Se comenzaron a ver moros armados en las inmediaciones de la columna que permanecían escondidos a la espera y de repente empezaron a disparar sobre los hombres de la columna desde todos los sitios. Los soldados se dispersaron huyendo locos de terror. Los oficiales sacan sus pistolas y vacian su munición sobre los canallas que les rodean antes de morir a tiros, machetazos y culatazos. Iban cazándolos a tiros o los apuñalaban. Surgieron centenares de moros que mataban y mataban, ensangrentándose las manos, las chilabas y las armas.

El día de la rendición había en Monte Arruit más de dos millares de supervivientes. Allí estaban ahora, todos muertos. Los cadáveres cubrían las laderas. Y la sangre empapaba la trágica colina.

Solamente se libraron de la muerte alrededor de 70 oficiales que quedaron prisioneros para pedir rescate por ellos, incluido el general Navarro que loco de furia por la traición de los moros tenía que ser sujetado por los comandantes para evitar que se lanzara sobre las bayonetas de los desertores de la policía indígena que rodeaba al pequeño grupo de oficiales que rabiando y llorando veían morir al resto de sus compañeros.

Cuando se reconquistó la zona unos meses después, los primeros en llegar a los escenarios del desastre fueron los jinetes del Regimiento de Caballería Farnesio, los cuales con los ojos velados por las lágrimas, vieron espantados el triste fin de sus compañeros de armas. Miles de cadáveres insepultos jalonaban la ruta de la trágica retirada. Los moros habían retirado a sus muertos para enterrarlos, pero habían dejado en el terreno a los españoles. Al llegar a la alcazaba de Zeluán, en la misma puerta se encontró el cadáver de un jinete del Alcantara momificado por el calor y la sequedad y que en su mano tenía firmemente asidas las riendas de la osamenta de su caballo, haciendo realidad el dicho que figura en muchas unidades de Caballería del Ejército Español "donde muere mi caballo, muero yo".

Fue extremadamente difícil reconocer los cadáveres, no obstante uno de los soldados del Alcantara en Zeluán fue reconocido por una carta que se encontró entre sus ropas. El soldado del 5º escuadrón Tesifonte Exposito. El infortunado soldado, siendo consciente de su próximo fin, escribe a su padres para despedirse de ellos. Después de decirles que esperaba haber sido un buen hijo y que no le lloren pues ha muerto cumpliendo con su deber, eleva una triste y solitaria queja que puede servir de epitafio para todos los soldados españoles que regaron con su sangre las tierras de Annual "morimos por la Patria, pero abandonados de ella".

En Monte Arruit, cuando a la vista de los cadáveres insepultos se empezó a reconstruir lo ocurrido en los momentos de la matanza, se vio que los hombres del Alcantara no estaban entre los de la columna de hombres desarmados. Sus cuerpos se encontraron en la

puerta principal con signos de haber muerto combatiendo. Debajo de unos escombros, se hallaron muy juntos los restos del capitán Triana y el teniente capellán Campoy. En los alrededores de la puerta, diseminados, estaban el resto de oficiales, suboficiales y soldados del regimiento.



**Veterinarios
Caballero Morales y
Vidal Platón y el
capellán Campoy**

Cuando se llega al Igán se encontraron con un grupo de esqueletos de caballos y mulos combinado con los cadáveres de bastantes hombres. Cayeron en masa, juntos, en la penúltima carga, la séptima, al paso, cuando todo el regimiento sin excepción se lanzó a la muerte sin dudar.

Restos de los escuadrones en el Igán cuando se reconquista la zona meses después.



La guerra continuó durante 4 años más. A principios de 1925 Abd-El-Krim atacó a los franceses y se enfrentó a unas fuerzas de más de 28.000 hombres, derrotándoles y haciéndoles más de 5.000 muertos en el valle de Uarga (el Annual francés)

Ese mismo año, el desembarco en Alhucemas del Ejército Español y el ataque combinado de españoles y franceses por varios frentes hizo capitular al jefe rifeño.

Muertos españoles en Monte Arruit



Los restos del Tcol. Primo de Rivera tal y como se encontraron al retomar Monte Arruit.



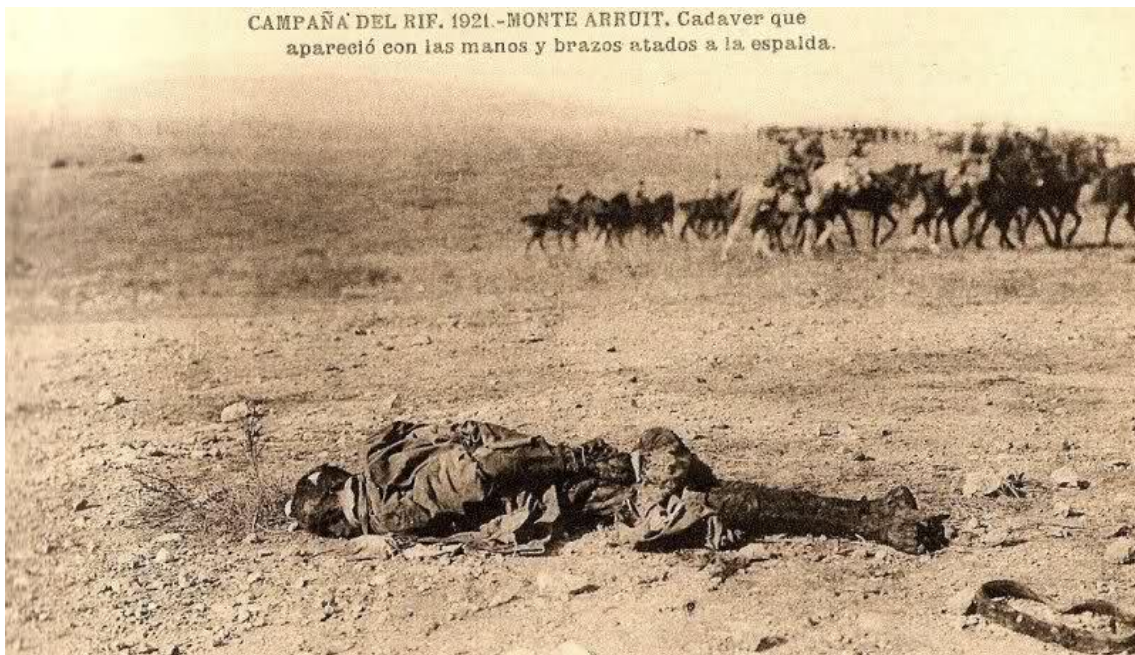
Monte Arruit al ser retomado meses después



Prisioneros españoles en 1921

Uno de los miles de cadáveres

CAMPAÑA DEL RIF. 1921.-MONTE ARRUIT. Cadaver que apareció con las manos y brazos atados a la espalda.



Edición Postal Expres
CAMPANA DEL RIF. 1921.-MONTE ARRUIT. Capellan rezando
ante los restos de españoles encontrados en el interior de la posición.



El primero por la derecha es el Comandante Gomez Zaragoza junto con el General Navarro y otros jefes el día de su liberación tras un cautiverio de 18 meses





S. M. el Rey imponiendo la Cruz Laureada de San Fernando a los restos mortales del Teniente Coronel don Fernando Primo de Rivera

El rey condecora con la laureada los restos del teniente coronel Primo de Rivera

España reconquistó casi todo el territorio perdido en solo unos meses y llegó a la victoria definitiva en 1925. Durante más de treinta años llevo la paz y la prosperidad a esas tierras africanas. España no fue vengativa al triunfar, ya que así es la idiosincrasia de nuestro pueblo, caballeroso y generoso en la victoria y honorable y digno en la derrota.

Del sacrificio del regimiento da idea la siguiente relación:

Un coronel: muerto

Un teniente coronel: muerto

2 comandantes: Uno muerto y otro herido y prisionero (el comandante Gomez Zaragoza, liberado tras un cautiverio de 18 meses).

7 capitanes: 6 muertos y uno herido (Chicote).

11 tenientes: 8 muertos y 2 prisioneros (Martín Galindo y Troncoso). Solo escapó ileso el teniente Bravo.

5 alféreces: 4 muertos y 1 prisionero (Maroto).

3 alféreces veterinarios: 2 muertos. Solo escapó ileso el Alf. Montero.

Un teniente médico: muerto.

Un teniente capellán: muerto
6 suboficiales: 5 muertos, y 1 prisionero (Jimenez Maruhenda).
20 sargentos: 16 muertos y 3 heridos y prisioneros. Solo escapó ileso el sargento Jimeno.
14 herradores: 11 muertos y 2 prisioneros.
63 cabos: 53 muertos y 6 prisioneros;
13 trompetas: 13 muertos
17 soldados de primera: 14 muertos y 2 heridos
524 soldados de Segunda: 403 muertos y 53 prisioneros.

El teniente Coronel Primo de Rivera fue condecorado con la cruz laureada de San Fernando que prendió en su féretro el rey Alfonso XIII. Se solicitó la laureada colectiva para el regimiento pero no se concedió. Esa injusticia perduró muchos años. Según los testimonios de familiares de algunos supervivientes del Alcántara en el Desastre de Annual, años después, miembros del 14 de Caballería seguían viéndose con regularidad en Madrid. En esas reuniones, e incluso en la vida cotidiana, llevaban en su ropa una reproducción de la laureada de Primo de Rivera.

En el año 2010, el JEME del Ejército, General Coll, resucitó la petición, pero el gobierno socialista de Rodriguez Zapatero y su ministra de Defensa Carma Chacón, la denegaron. A la izquierda política de este país le da alergia ver personas muriendo por valores superiores a ellos mismos. Ellos nunca lo harían.

Dos años después, el nuevo gobierno reactiva el expediente y la laureada es publicada en el BOE. Se repara la injusticia y se da cumplido homenaje al regimiento Alcantara y a toda la Caballería española.

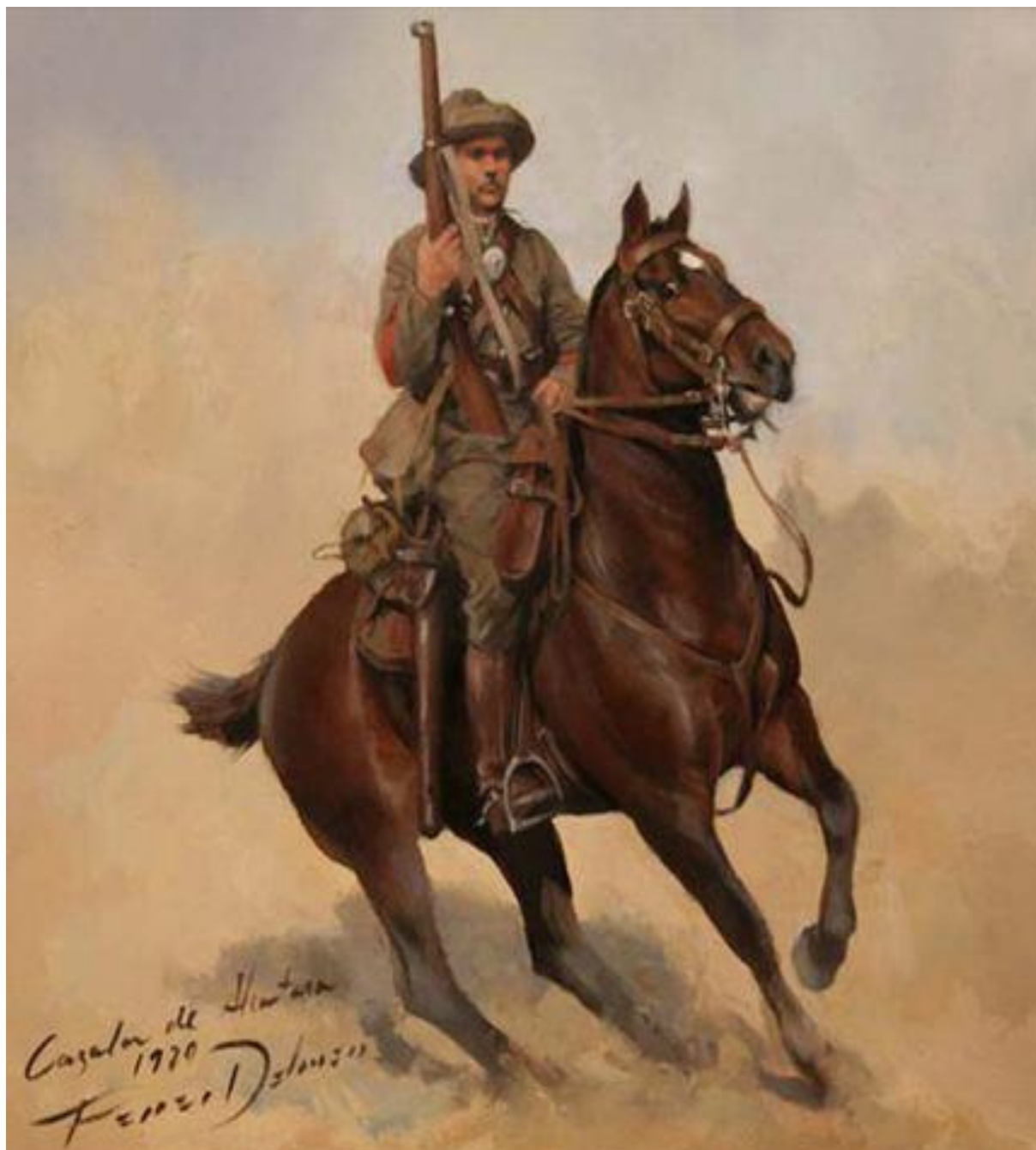
En el cielo hay un lugar especial para los bondadosos y generosos soldados que cuando llegó el momento supremo, no quisieron dar el paso atrás y ofrendaron sus vidas en cumplimiento del deber.

**"EL QUE SALVA UNA VIDA,
SALVA EL MUNDO"**

Bertol Brech



Pintura de Ferrer Dalmau. "Cazador de Alcantara"



*Detalle del grupo escultórico de Mariano Benlliure
"Regimiento Alcantara"*



Monumento al regimiento Alcantara en Melilla

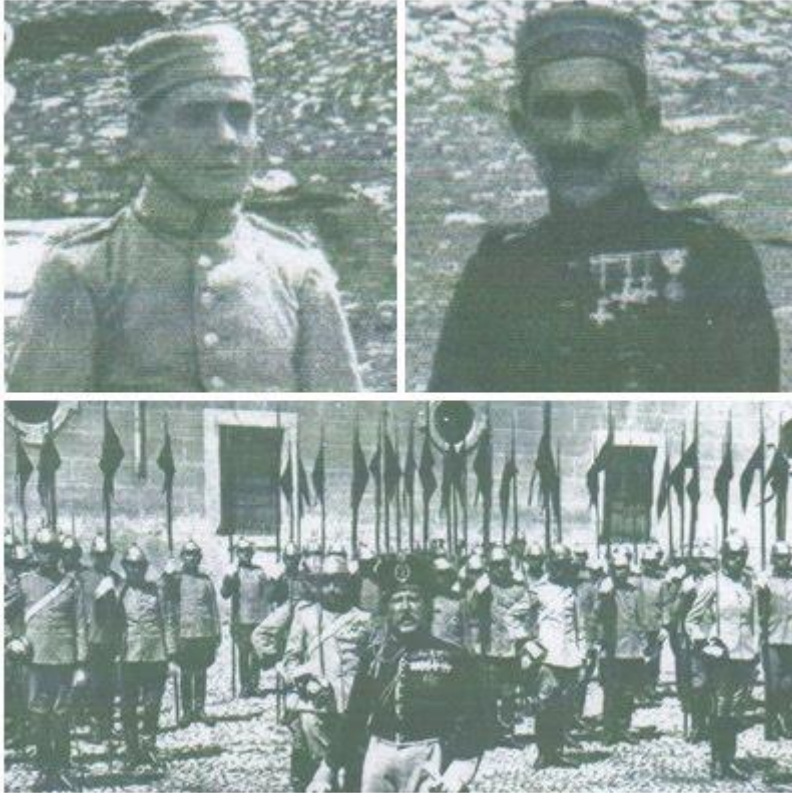


Calle héroes del Alcantara en Melilla



Estatua al Capitán Arenas en Molina de Aragón





Homenaje en Madrid en 1922 a dos supervivientes de las cargas, el soldado Antonio Serrano y el sargento Luis Meizoso.

Pintura de Ferrer Dalmau "Toma del Gurugú por los regulares, ondeando la gloriosa bandera de España". SIMBOLIZA LA VICTORIA FINAL DE ESPAÑA EN LA GUERRA DE MARRUECOS

